CÉSAR ANTONIO MOLINA

VIEJA CIMA

ARS POETICA

VIEJA CIMA

César Antonio Molina

VIEJA CIMA

ARS POETICA

César Antonio Molina

VIEJA CIMA

colección

| BEATUS ILLE |

ARS POETICA
boutique de poesía

Vieja cima
César Antonio Molina

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2017 César Antonio Molina
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: septiembre, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947330-3-1
ISBN (edición digital): 978-84-947330-4-8
Depósito Legal: AS 01247-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los poemas reunidos en este volumen ya fueron publicados en su momento en sus respectivos libros. No hago aquí referencia a ellos porque no quiero darle el aspecto de una antología, que por otra parte lo es, sino de un libro nuevo, distinto, diferente. El hilo común son estos lugares del mundo en donde, al menos durante algunos instantes, alcancé la paz del espíritu. (*)

(*) *Las ruinas del mundo*, *Para no ir a parte alguna*, *Olas en la noche*, *En el mar de ánforas*, *El fin de Finisterre*, *Eume*, *Cielo azar*.

PARA MORIR EN UNA CIUDAD ANTIGUA

(Timgad)

Para morir en esta ciudad, un címbalo.
Coloniales a caballo. Batidores previamente cercados con
[redes.

Perros adiestrados.
Jabalinas. Piedras grandes.
Palos con brillantes plumas rojas atadas en sus extremos.
Escudos. Largas antorchas encendidas.
Para morir en esta ciudad alzada, ahora desierta en las dunas.
Y saciado de lo no consumido, resbalando sobre rodillos al
[mar,
romper la espuma escarchada sobre la frente de mármol.

ECLIPSE EN HISSARLIK

Cuando caíste soplaba un fuerte viento sur.
El mar como una hilera de blancos,
deslumbrantes colmillos de jabalí,
volcaba en un rincón espeso humo de aceite ardiendo.
En la negra colina gatos salvajes despertaban al alba.
Huellas de carboneros recorrían las orillas
de hornos desenterrados.
Un río enraizaba en los árboles
como un canto de carpa.
Luciérnagas imitaban alas con tus pestañas maquilladas,
cuando caíste bajo dunas estranguladas por brisas y
[lluvias.
¿Qué negro iris se alzó bajo ese arco granizado?
¿Para qué enemigo siniestro tan horrible flecha?
Cuando caíste lacerada a este aljibe de estratos.

EL ANTIGUO CASTILLO DE RAPALLO

Allí extranjero, ahora extraño sobre los paseos del mar.
¿Quién podría presentirte alzado en este fin de otoño?
Entre la lluvia fina o la tormenta
abrumándonos de una nostalgia nunca deseada.
El viento más fuerte que el recuerdo,
y aún así tratando de olvidar hasta los sueños,
hasta el reflejo de una sombra
discernida por el aliento de tu silencio.
En las escolleras, la brisa agitaba un deseo de los abismos.
Bajo los muros violados, en este último día,
se iluminaba la memoria en un tumulto.
Si hubieses sido ya verdad en esta natación nocturna,
el único deseo desembarcado en estas orillas,
ahora estaría criando malvas bajo el convoy perdido de
[una estación.

SUBIDA AL VESUBIO

El Siroco rasgaba los cables. Amedrentaba al buscador de jaspe y ágata bajado de las laderas del volcán con las manos temblorosas como si trajese entre su cesto estelas de jade para vender en una tienda de cristal. El hombre necesita probar su vida, exponerla con la raspilladora o el hacha. Sudar entre las cenizas un aire sulfuroso, hasta cortar una piedra azul o verde y levantarla en la mano entre los cuatro dedos, como si el quinto hubiese sido desgarrado por uno de los cocodrilos lanceados por niños negros. Alguien piensa en la altura, desde el vacío, si sería capaz de arrojarse. La arena está caliente. Una sauna en donde se rasca la piel con piedra pómez. Desde este precipicio se ve la isla de las cabras cubierta de pinos de copa, la lluvia a bordo de los transbordadores, las terrazas repletas de turistas, las clases submarinas de pesca y arqueología. El mar de añil, tan denso como bloques de mármol, ha dejado perderse entre sus grutas a una lancha alquilada con argollas deslazadas y ganchos bronceados. La ciudad de verano se sumergió entre algas y medusas. Cámbaros trajeron los cuerpos de las muchachas dormidas por el jugo de las ortigas clavadas en las sienes de los pies. Se ahogaron desnudos en las piscinas misteriosas de las villas. Al fin perseguido por toda la tierra firme, se refugia en lo alto, entre las ruinas, para escribir poemas mitológicos y leyendas que envía, casi diariamente, en el buque cisterna. Recibe y extiende grandes recetas que jamás nadie ha llegado nunca a descifrar. Este mar no huele, apenas se tambalea. Por entre

las calles agitadas, un marinero busca a una mujer que hace tatuajes. Es la misma que les hizo a tantos otros que ahora atraviesan diversos meridianos. Una muesca más con el nombre del nuevo puerto. Llameante el brazo, se arrojará un poco de agua fresca. De este humo nacerá la nube, como si el osario de un profeta guardado entre las olas de mercurio se levantase para predecirnos que la tarde ha venido para irse al país de nunca jamás.

NEMI

Gaviotas planean sobre la boca del cráter,
mientras viajas de un sitio a otro sin detenerte,
y a veces nos sorprendes temerosos por la marea,
besando entre las sombras, con la garganta calcinada,
algún ave tardía ahogada por las llamas y el humo
de un museo incendiado.
Estas tardes transcurren llenas de nubes.
Quizás estalla una tormenta repentina
y el mar picado escora el mosaico de una barca estival.
Entonces lo más seguro hubiese sido
arriar las velas con tanta rapidez como abatido el mástil,
colocando en popa los cangrejos que alargábamos en sus
[brazos.
O también, quizás, echar de nuevo el ancla,
y de no detenerse por la fuerza de la corriente,
arrojarte a tiempo para intentar alcanzar la orilla a nado.
Al menos en la bajamar de esta noche
tendrían la dicha de excavar tus costillas que tanto
[deseamos.

LA SOUFRIERE

Sacudidas.
Rocas y cenizas desde la pasada madrugada.
El lodo hirviente. La caldera. El mar.
El sueño en la agonía de los espejos estrellados,
de las velas fracturadas hasta las primeras horas de la
[tarde.
El rumor de labios cobijados
sin saber a quién besar en este mes de despedidas.
Y pronto la lluvia, el viento, el granizo sacudido
como un grano en los cráteres de nuestras casas
[barrenadas.
Hasta cien metros de altura el vuelo del pichón,
el resplandor herido en las cenizas.
Y ya el invierno arreciado por fumarolas.
Y las palabras acompañadas de lodo hirviendo
en los surcos abandonados de ríos apagados.
Y las citanias de nuevo abiertas a las velas.
Y los géiseres iluminados como fuentes de colores.
Y la salida del vapor que se perfila con la urgencia de un
[correo nocturno.

ÚLTIMAS HORAS EN LISCA BLANCA

Escribo, mientras tú duermes en Lisca
Blanca, arropada por el murmullo de unos
brazos desconocidos. En las cristaleras el
mar se bate con las venas despojadas, la seda
se deshace como una lágrima por tu alcoba.

Imitamos: el mar, el viento —sobre todo—
bajo los acantilados, en los farallones donde
han colocado los faros automáticos y el
monumento macizo de cemento para
las grandes sirenas. El remolino corriendo
por el envés de las hojas sin escribir,
nos descubre las colchas prendidas en
las terrazas, los toldos retirados,
las mesas y sillas mojadas, empapadas
por las nieblas en tus ojos que
se revuelven en las resacas de los fondos
marinos. Imitamos todo... a ti, al mar, al
viento, a Lisca Blanca cuando amanece o
anochece el día cubierto por los humos de
los correos nocturnos, a los fuegos festivos
arrojados cruentos o incruentos para alejar
la noche, el silencio sobre nuestras cabezas
cargadas de insolación.

Escribo, mientras tú
duermes en Lisca, bajo el pino o el olivo
enmarañado por el sulfuro hirviente de alguna
ladera volcánica; o en el atrio de algún
convento convertido ahora en museo
arqueológico, en estela o arcilla carcomida
por las fotografías de los visitantes. Y
me revelo en esta página como el negativo
velado de las noches sin *flash*, a escondidas,
tras los decorados de una «obra del arte»,
farsa dialectal en la que te proteges,
inventando, embarullando, desconcertando
con tus gestos desarbolados cualquier
final que nos haga huir de la noche, de la helada,
del plenilunio sobre los tejados,
aleros, las torres de los campanarios torcidos
por las horas.

Los órganos soplados,
las palomas comiendo sobre las playas de
nuestros cabellos encrespados. Las bocas,
los picos esculpidos por los fuelles de
sal... y en los estanques, las ranas croan
el celo de tu tela de araña, en los alrededores
de las casas solitarias, pacientes entre
tus labios cerrados, arqueados, en donde
la canción del estío deja sonar el ala
espía que nos roba tu insomnio frente a los

armarios, a las cómodas vacías esmaltadas
por tus uñas de nácar que te despojas
como una garra.

Escribo, mientras tú duermes
a orillas de las playas, bajo las mazorcas
o alguna tienda abandonada a los vientos.
Y en las linternas hay el fósforo, la mecha de
una voladura con la que arder las astas,
las anclas bajo las simas ocultas de
alguna explosión.

Escribo... mientras tú duermes,
te levantas, te ocultas o nos sorprendes
en Lisca, en sus ruinas, al borde de sus
acantilados, a punto de una sentencia por los
celos... y te imitamos todo, y te engañamos,
y te sorprendemos señalando al infinito,
sobre la baranda de la escalera fenicia que
gastamos con nuestros pasos.